

truir al Gran Duque de quanto habia pasado entre los dos. No podia menos de conocerse mi turbacion. Con todo eso me esforcé á responder con serenidad al Gran Duque: Señor, los Españoles son mas generosos. En semejante lance perdonarian con magnanimidad al desgraciado confidente, y por este noble rasgo de bondad harian nacer en el corazon del reo un eterno arrepentimiento de un delito en que habia tenido mas parte la flaqueza que la malignidad del corazon. Pues bien, me dixo el Duque, yo me siento con bastante ánimo para este acto de magnanimidad. Perdono al traidor conociendo que solo debo culparme á mí mismo por haberme fiado á ciegas de un hombre desconocido, y de quien debia desconfiar despues de lo que me habian dicho de él. Don Rafael, esta es la venganza que tomo de vos: salid inmediatamente de todos mis estados, y no volvais á poneros delante de mí. Retíreme en el mismo punto, menos pesaroso de mi desgracia que consolado por haber salido tan bien de tan peligroso apuro.

Quando llegó Don Rafael á este punto de su historia no me pude contener sin interrumpirle diciéndole: para un hombre tan advertido como sois me parece fue grande error no haber salido de Florencia así que descubristeis á Mascarini el amor del Príncipe por Lucrecia. Debiais tener por cierto que tardaria poco el Gran Duque en saber vuestra traicion. Convento en ello, respondió el hijo de Lucinda,

II G M O T Y

y por lo mismo habia pensado huir el cuerpo quanto ántes á pesar del juramento que me hizo el Ministro de no exponerme al resentimiento del Príncipe.

CAPITULO VIII.

Dá fin á su historia Don Rafael.

El dia siguiente al de mi despedida del gran Duque me embarqué en un navio Catalan que salia de Liorna para Barcelona. Desembarqué en aquella ciudad con lo que me habia quedado de las riquezas que traje de Argel, cuya mayor parte habia disipado en Florencia por hacer la figura de caballero Español. No me detuve largo tiempo en Cataluña. Reventaba por volverme quanto antes á Madrid, encantado lugar de mi nacimiento, y satisface mis ansiosos deseos lo mas presto que me fue posible. Luego que llegué á la Corte me apee por casualidad en uno de los mesones que llaman de *Caballeros*, donde me encontré con una dama que tenia por nombre Camila. Aunque habia salido ya de su menor edad, todavía era un bocado sabroso; testigo el señor Gil Blas, que poco mas ó menos, por aquel mismo tiempo tuvo la fortuna de verla en Valladolid. No era fea, pero aun era mas discreta que hermosa.

GG 2

Nin-

Ninguna aventurera tuvo mayor talento para traer la pesca á sus redes. Mas nõ era de aquellas chulas que negocian con lo que las produce el reconocimiento de sus amantes. ¿Acababa de despojar á un mercader rico ó algun mayor-domo de un gran Señor? inmediatamente repartia los despojos con el primer caballero mendicante que fuese de su gusto.

Apenas nos vimos los dos quando recíprocamente nos amamos, y la conformidad de nuestras inclinaciones nos unió tan estrechamente, que presto pasó á hacer tambien comunidad de bienes. A la verdad no eran muy considerables los nuestros, y asi los comimos todos en poco tiempo. Por nuestra desgracia solo pensábamos en divertirnos uno con otro, sin aprovechar las disposiciones que teniamos los dos para vivir á costa agena. La miseria en fin despertó aquellos ingenios que el placer tenia dormidos, y aun casi letárgicamente amodorrados. Querido Rafael, me dixo un dia Camila, demos algunas treguas, y hagamos diversion á nuestro infructífero amor. Nuestra fidelidad es nuestra ruina. Tú puedes atrapar á una viuda rica, y yo puedo enganchar á algun viejo poderoso. Si proseguimos en ser fieles uno al otro comenzaremos á ser miserables. Hermosa Camila, respondí yo prontamente, me has ganado por la mano. Ciertamente iba á hacerte la misma proposicion. Vengo en ello, reyna mia. Sí por cierto, para la conservacion de nuestro amor es menester tentar otras conquistas. Las infidelida-

des

des que nos haremos serán otros triunfos para entrambos.

Ajustado este tratado salimos á campaña. Al principio por mas diligencias que hicimos no podiamos encontrar lo que buscabamos. A Camila solamente se le presentaban majos y pisaverdes, es decir, personas que no tienen un ochavo, y á mí solo se me ofrecían aquellas mugeres que imponen contribuciones en vez de pagarlas. Como el amor se negaba á socorrer nuestras necesidades apelamos á enredos y á bellaquerias. Hicimos tantos y tantas, que el Corregidor llegó á saberlas, y este Juez endiabladamente severo dió orden que nos prendiesen. El alguacil, que era tan buen hombre como taymado el Corregidor, nos hizo espaldas para que saliesemos de Madrid, mediante cierta cantidad de dinero. Tomamos el camino de Valladolid, y arranchámonos en aquella ciudad. Arrendé una casa donde me alojé con Camila, que pasaba por hermana mia, para evitar las resultas del escándalo. Al principio nos contuvimos ocultando nuestra habilidad y talentos, y teniendo á rienda nuestra industria hasta tantear y conocer bien el terreno.

Un dia se llegó á mí un hombre en la calle, y saludándome muy cortesmente me dixo: ¿señor Don Rafael, no me conoce Vmd.? Respondíle que no. Pues yo, me replicó él, conozco á Vmd. perfectamente. Vile en la Corte de Toscana, donde servia yo en las guardias del gran Duque. Pocos mesés há que dexé el ser-

servicio de aquel Príncipe. Víneme á España con un Italiano de los mas astutos. Estamos en Valladolid tres semanas há. Vivimos en compañía de un Castellano viejo, y un Gallego, dos mozos muy honrados. Nos mantenemos todos con el trabajo de nuestras manos. Lo pasamos como unos Príncipes, comiendo, bebiendo y divirtiéndonos á nuestra satisfaccion. Si Vmd. quiere agregarse á nosotros será muy bien recibido de mis compañeros, porque segun noticias siempre le he tenido á Vmd. por un hombre muy de bien, nada escrupuloso, y en fin caballero profeso en nuestra orden.

La franqueza con que me habló aquel bribon me estimuló á responderle con la misma. Ya que te has abierto conmigo con tanta sinceridad (le respondí) quiero yo hablarte con la misma. Es verdad que no soy novicio en vuestra profesion, y si la modestia me permitiera referirte mis hazañas, verias que no me has hecho demasiada merced en tu ventajoso concepto. Pero dexando á un lado alabanzas propias, me contentaré con decirte aceptando la plaza que me ofreces en vuestra compañía, que no perdonaré á diligencia alguna para haceros conocer que no la desmerezco. Apenas dixé á aquel ambidextro que consentia en aumentar con mi persona el número de sus camaradas, quando luego me conduxo á donde estos estaban, y desde el mismo punto me dí á conocer á todos. Allí fue donde ví la primera vez al ilustre Ambrosio Lamela. Exâmináronme aquellos señores

sobre el arte fino y sutil de hacer propio lo ageno contra la voluntad de su dueño. Quisieron saber sobre qué principios me gobernaba para exercitarle con destreza y sin peligro: descubríles tales y tantos ignorados por ellos, que se quedaron admirados, pero mucho mas se pasmaron quando me oyeron hablar con desprecio sobre la sutileza de las manos, tratándola de mecanismo vil y baxo, asegurándoles que en lo que yo me aventajaba era en los golpes magistrales de robar que pedian testa, ingenio, sagacidad y conducta. Para persuadirles esta verdad, y para que comprehendiesen mejor lo que les queria decir, les conté la aventura de Gerónimo Mojadas, y bastó la sencilla relacion de aquel suceso para que me reconociesen por un ingenio superior, y todos unánimemente me nombrasen por su gefe. Tardé poco en justificar el acierto de su eleccion en una multitud de agudas briboneras que hicimos, de todas las quales era yo el director, y como la llave maestra. Quando se necesitaba alguna actriz para forjar mejor algun enredo echábamos mano de Camila, que era eminente en representar todos los papeles que se la encargaban.

Vínole por aquel tiempo á nuestro cofrade Ambrosio la tentacion de ir á Galicia. Partió, pues, á su patria, asegurándonos de su retorno. Despues que satisfizo su antojo volvió por Burgos, sin duda para dar algun golpe de maestro, y un mesonero conocido suyo le acomodó con el señor Gil Blas de Santillana, de cuyos

yos negocios se informó muy bien. Vmd. señor Gil Blas (prosiguió dirigiéndome á mí la palabra) se acordará sin duda de la graciosa manera con que le desbalijamos en la posada de Valladolid. Tengo por cierto que desde luego sospecharia Vmd. que su criado Ambrosio habia sido el principal instrumento de aquel robo, y en verdad que os sobró la razon para sospecharlo. Luego que llegó á Valladolid vino á buscarnos, informónos de todo, y toda la gavilla se encargó de lo demas. Pero no sabrá las conseqüencias de aquella aventura, y quiero informarle de ellas. Ambrosio y yo cargamos con su balija, montamos en vuestras mulas, y tomamos el camino de Madrid, sin contar con Camila ni con los demas camaradas, los quales se admirarian tanto como vos quando vieron que no pareciamos al dia siguiente.

A la segunda jornada mudamos de parecer, y en lugar de seguir el camino de Madrid torcimos hácia Toledo. Lo primero que hicimos en aquella ciudad fue vestirnos decentemente. Vendímonos por dos hermanos naturales del Reyno de Galicia que viajaban por curiosidad. En poco tiempo entablamos conocimiento con mucha gente de distincion. Estaba yo tan acostumbrado á las modales cortesanas y caballerescas, que facilmente deslumbraba á quantos me veian y trataban. A esto se añadía, que como en un país desconocido la calidad de los forasteros ordinariamente se mide por el gasto que ha-

hacen, y por el esplendor con que se portan, echabamos polvos á los ojos de todos con los galantes y magníficos festines que dabamos á las damas. Entre las que trataba encontré con una que verdaderamente me enamoró. Quise saber quien era, y hallé que se llamaba Doña Violante, muger de un caballero, que cansado de sus caricias obsequiaba á una cortesana que se habia hecho dueña de su corazon. No necesité saber mas para determinarme á poner á Doña Violante en posesion de todos mis pensamientos.

Tardó poco ella misma en conocer la conquista que habia hecho. Comenzé á obsequiarla siguiéndola á todas partes, y haciendo mil locuras para persuadirla que no se aspiraba á otra cosa que á consolarla de las infidelidades de su marido. Pensó la niña un tanto sobre esto, y al cabo tuve el gusto de conocer que no la desagradaba mi sana intencion. Recibí en fin un billete de ella en respuesta á muchos que yo la habia escrito por medio de una de aquellas viejas que en España y en Italia son tan apropósito para el desempeño de esta especie de comisiones. Decíame en el tal billete que su marido cenaba todas las noches en casa de su dama, y que hasta muy tarde no se restituía á la suya. Desde luego comprendí lo que me queria decir en esto. Aquella misma noche fui á hablar con Doña Violante por la reja, y tuve con ella una larga y muy fina conversacion. Quedamos de acuerdo en que todas las noches á la misma hora nos habiamos de

hablar en el propio sitio sin perjuicio de los demás pasos amorosos que se podían practicar entre día.

Hasta entonces Don Baltasar (que así se llamaba el marido de mi princesa) podía darse por bien servido, pero yo quería amar físicamente, y una noche fui al sitio consabido con ánimo de decir á la dama que ya no podía vivir sino lograba hablarla á solas en un lugar mas conveniente al exceso de mi amor, fineza que nunca habia podido conseguir. Pero apenas llegué á ponerme cerca de la reja, quando ví venir á un hombre por la calle, el qual conocí que me observaba. Con efecto, era el marido de Doña Violante, que aquella noche se retiraba á casa algo temprano, y viendo parado á un hombre baxo las rejas de ella comenzó él mismo á pasearse por la calle. Estuve dudoso por algun tiempo de lo que debia hacer, pero al fin me determiné abordar á Don Baltasar sin que yo le conociese, ni él me conociese á mí: caballero, le dixé, suplico á Vmd. que por esta noche me dexé libre la calle, que en otra ocasion le serviré yo á Vmd. Señor, me respondió él, la misma súplica iba yo á hacer á Vmd. Yo cortejo á una señorita que vive veinte pasos de aqui, á quien un hermano suyo hace guardar vigilantísimamente, por lo que quisiera ver del todo desocupada la calle. Espere Vmd. repliqué yo, que ahora me ocurre un modo de que ambos quedemos servidos sin incomodarnos, porque la dama que yo cortejo vive
en

en esta casa, mostrándole la propia suya. Vmd. puede divertirse en la otra mientras yo me divierto en esta, y hacernos espaldas los dos si alguno de nosotros fuere acometido. Convento en ello, repuso él: yo voy á ocupar mi sitio, Vmd. quédese en el suyo, y socorramonos mutuamente en caso de necesidad. Diciendo esto se apartó de mí, pero fue para observarme mejor, como lo permitia la poca obscuridad de la noche.

Acerquéme entonces sin recelo al balcon de Violante. No tardó ella en venir, y comenzamos á cuchuchar. No me olvidé de hacerla mil instancias para que me concediese una audiencia privada en sitio reservado. Resistió un poco á mis ruegos para hacer mas estimable la gracia; pero despues echándome un papel que ya traia prevenido en el bolsillo: ahí va, me dixo, lo que deseas, y verás bien despachados tus ruegos. Al decir esto se retiró por quanto se iba ya acercando la hora en que acostumbraba recogerse á casa su marido. Pero éste que habia conocido muy bien ser su muger el ídolo á quien yo sacrificaba, me salió al encuentro, y con fingido alborozo me preguntó: ¿y bien, caballero, está Vmd. contento de su buena fortuna? Tengo motivo para estarlo, le respondí: y á Vmd. ¿cómo le fue en la suya? ¿Mostrósele el amor risueño y favorable? Oh, no, me respondió con despecho. El maldito hermano de mi bella volvió de su casa de campo un día antes de lo que habiamos pensa-
do,

do, y este contratiempo aguló nuestro contento y cortó mis no mal fundadas esperanzas.

Hicimonos Don Baltasar y yo recíprocas protestas de amistad, y para estrechar mas el lazo nos citamos para la plaza mayor la mañana siguiente. Despues que nos separamos se fué Don Baltasar derecho á su casa, donde no dió á su muger la mas mínima señal de las buenas noticias que tenia de ella, y el día siguiente acudió á la plaza segun lo acordado. Un momento despues llegué yo. Saludámonos con vivas demostraciones de amistad, tan alevosas por su parte como sinceras por la mia. Hízome el artificioso Don Baltasar una falsa confianza de sus lances amorosos con la dama de quien me habia hablado la noche anterior. Contóme una larga fábula que habia forjado, todo con el siniestro fin de obligarme á corresponderle contándole yo el modo con que me habia introducido al conocimiento con Violante. Caí incautamente en el lazo, y con la mayor franqueza del mundo le confesé todo lo que me habia sucedido. No contento con esto le mostré el papel que habia recibido, y aun le leí tambien su contexto, que era el siguiente: *mañana iré á ver á Doña Ines, ya sabeis donde vive. En casa de esta fiel amiga mia nos hablaremos á solas. No puedo negaros por mas largo tiempo un favor que juzgo mereceis.*

Ese es un papel, dixo Don Baltasar, que promete á Vm. el merecido premio de sus amorosos suspiros. Anticipole á Vm. la enhorabuena

na de la dicha que le aguarda. No dexó de mostrarse un poco turbado mientras hablaba de esta manera, pero facilmente me deslumbró, ocultando á mis ojos su turbacion y su embarazo. Estaba tan embebido en mis alegres esperanzas, que ni siquiera me acordaba de observar á mi confidente, aunque éste se vió precisado á dexarme, sin duda por temor de que no conociese su agitacion. Partió luego á contar á su cuñado esta aventura. Ignoro lo que pasó entre los dos, solo sé que Don Baltasar vino á casa de Doña Ines á tiempo que yo estaba con Violante. Supimos que era él el que llamaba, y yo me escapé por una puerta falsa antes que entrase en la sala. Luego que desaparecí se serenaron las dos mugeres, que se habian turbado mucho con la repentina venida del marido. Recibiéronle con tanta serenidad, que desde luego sospechó me habian ocultado ó hecho escapadizo. Lo que dixo á Doña Ines y á su muger no os lo puedo contar, porque nunca lo he sabido.

Entre tanto, no acabando todavia de conocer que Don Baltasar se burlaba cruelmente de mi sinceridad, salí de la casa echándole mil maldiciones, y me fuí derecho á la plaza; donde habia dicho á Lamela que me aguardase. No le encontré, porque el bribon tenia tambien su poco de trapillo, y con suerte menos escasa que la mia. Mientras le esperaba ví que se venia hácia mí mi alevoso confidente con una cara muy alegre y mucho desembarazo. Luego que